

A la manera italiana

El Museo Nacional del Prado y la Fundación BBVA presentan, hasta el 20 de septiembre, una ambiciosa exposición que revisa cómo, mucho antes de la irrupción del Renacimiento, Italia marcó el ritmo de una profunda transformación artística cuyo eco encontró en los reinos hispanos uno de sus principales espacios de recepción.

Si una cosa demuestra esta exposición es que en manos de los maestros hispanos el lenguaje trecentista fue una auténtica lingua franca abierta a todo tipo de versiones y adaptaciones, así como un punto de partida para refinadas obras de naturaleza mestiza que escapan de las categorías artísticas convencionales. En las creaciones de Ferrer y Arnau Bassa, por ejemplo, las fórmulas italianas se amalgaman con elementos de origen francés y neobizantino que dan lugar a una síntesis sin parangón en el mundo italiano. Las imágenes no solo viajan: se traducen, se aclimatan y, al hacerlo, dan vida a identidades difuminadas e híbridas nacidas de la fértil conjunción entre diferentes propuestas estéticas. Lejos de limitarse al terreno formal, la creatividad de los maestros autóctonos también se detecta en otros terrenos, como en el iconográfico, con la aportación de curiosas variaciones sobre algunos temas y composiciones de origen italiano, desde los iconos marianos romanos hasta la rica imaginería de los nuevos santos franciscanos. En otras ocasiones, el cambio está marcado por los significados adquiridos al insertar las obras importadas en otros contextos visuales y mentales. Los modelos y prototipos italianos cobran una segunda naturaleza con su trasvase a la península ibérica. La originalidad de los maestros hispanos se hace patente en el uso de formatos peculiares para la pintura sobre tabla, como el retablo monumental, la máquina escenográfica predilecta para presidir los espacios de culto. Los retablos son también el soporte privilegiado para la experimentación de las sofisticadas técnicas de la pintura polimaterica. Como en Italia, la aplicación del oro no es un mero adorno, sino toda una estrategia estética que permite emular texturas y suntuosidades de tejidos de lujo, brocados y joyas. Incluso va más allá, y logra transformar las superficies de los grandes conjuntos pictóricos en un fondo activo que absorbe y modula la luz según la intensidad y el punto de vista. En manos de los pintores trecentistas hispanos, el retablo se transforma en una auténtica experiencia óptica y simbólica. Si a lo largo de la muestra el discurso se centra en la incidencia que tuvieron los modelos italianos trecentistas en el paisaje artístico de los reinos hispanos, la última sección está dedicada a diseccionar una situación inversa. El protagonista es Gherardo Starnina con su renovador lenguaje tardogótico que había asumido durante su estancia en Valencia. Su ejemplo revela que la permeabilidad de los escenarios artísticos, que hasta el momento solo habíamos visto desde el lado hispano, también afectó al universo italiano. A la manera de Italia se torna a la manera de España.